

Un día en Pompeya

En el 2018, el Parque Arqueológico de Pompeya recibió la visita de cerca de tres millones de turistas, quedando en cuarta posición en la clasificación ideal de los lugares artísticos con mayor renombre del mundo. Pese a ello, de entre esta enorme masa de visitantes, muy pocos saben que en 146 a. C. un cónsul romano regaló dos o más estatuas de bronce a los pompeyanos por los servicios prestados durante la guerra en Grecia contra la Liga Aquea; que se ofreció a Cicerón (quien poseía una villa en el suburbio de la ciudad) el mando militar de la ciudad poco después de la primera batalla de Farsalia (48 a. C.); que un hijo del emperador Claudio murió allí, ahogado por una pera mientras jugaba con unos compañeros; o que una rama de la familia de la mujer de Nerón, la célebre Popea, residía desde hacía tiempo en Pompeya...

En cambio, todos los visitantes saben que ir a Pompeya permite conocer de cerca una ciudad romana destruida de forma imprevista por una catastrófica erupción en el 79 d. C. (en un día impreciso, quizá del otoño). Una ciudad que se considera, por tanto, como ejemplar para la reconstrucción del modo de vida de los romanos en el siglo I d. C., con sus templos, sus edificios públicos y de espectáculos, sus casas (en latín llamadas *domus* o *cenacula* en función de su riqueza y tamaño), sus tiendas y sus talleres (*tabernae*) o lugares de restauración (*thermopolia*, *popinae* y *cauponae*), posadas (*hospitia*) e incluso prostíbulos de distinto tamaño y lujo (*lupanaria* y *cellae meretriciae*). En todos estos espacios da la sensación que todavía podemos ver a los habitantes de Pompeya moviéndose en mitad del bullicio generado en el trabajo, los encuentros, las celebraciones y los momentos de distensión, tal como lo han tratado de reconstruir para el ojo moderno los manuales sobre la vida cotidiana de los romanos, los documentales televisivos y la realidad virtual. Pompeya es la ciudad ideal de la Antigüedad, más incluso que Atenas o Roma, y mucho más que Ostia o cualquier otra ciudad del Imperio conocida me-

diante excavaciones arqueológicas en cualquiera de las provincias, desde Hispania hasta África, donde hemos llegado a recuperar yacimientos casi intactos pero desprovistos de aquella “vitalidad mortal” que caracteriza a los yacimientos vesubianos.

¿Una ciudad ejemplar?

Pero, ¿hasta qué punto se puede corresponder Pompeya con la imagen real de una ciudad de tamaño medio en la Italia del siglo I d. C.? La pregunta no es casual, puesto que Pompeya muestra, en contraste con otros yacimientos arqueológicos romanos bien conocidos, como por ejemplo Ostia, algunas peculiaridades importantes. La más singular de estas es la relacionada con el hecho de que, aun siendo ambas ciudades puertos marítimos –Ostia fue el puerto más importante del Mediterráneo durante dos siglos, tras la reestructuración urbana realizada por Trajano–, son muy distintas, no solo en el terreno arquitectónico y monumental, ya que Ostia es una ciudad del siglo II que reproduce la Roma de este período, sino, sobre todo, en relación con los servicios. Tomemos como ejemplo dos casos paradigmáticos: el de las panaderías, a menudo construidas a

▼ En contraste con la soledad desértica que mantuvo Pompeya durante siglos tras la fatídica erupción, la ciudad romana rebosaba de actividad en los días anteriores a la tragedia. Todo tipo de negocios se abrían a las calles principales, y las personas, carros y animales domésticos circulaban constantemente. A menudo, las casas de Pompeya se abrían directamente a la calle, sin jardines de acceso o zonas intermedias, y a menudo se alquilaba o se usaba la parte exterior como tienda o **ESPACIO COMERCIAL**. Sus fachadas aparecen frecuentemente pintadas con el característico “rojo pompeyano” y muchas veces con anuncios o pinturas vinculadas con negocios y con pintadas electorales y otras muestras de expresión más espontáneas de los habitantes. La ilustración reconstruye idealmente, a partir de los datos arqueológicos recavados, el aspecto que en su día pudo tener la encrucijada entre las insulas I.8 (izquierda) y IX.12 (derecha) según la nomenclatura arqueológica moderna (el primer numeral refiere a la región y la segunda a la insula y un tercero a la puerta), una zona enmarcada en plena vía de la Abundancia, el eje este-oeste principal de la ciudad; una auténtica avenida comercial de la época. A la izquierda destaca el **THERMOPOLIUM DE VETULIO PLÁCIDO**, una taberna hoy famosa por su bien conservado larario pintado. Frente a esta, al otro extremo de la calle, el corte en sección permite que veamos el funcionamiento de la **PANADERÍA** (*pistrinum*) allí ubicada, que explotaba la zona que da a la calle en la casa de los amantes castos (así llamada a partir de una pintura hallada en su interior). En ella se distinguen distintas zonas de trabajo: la venta al público en un mostrador frente a la calle –se conservan incluso cálculos de ventas en las paredes–, el horneado en el gran horno central, un altílo donde se almacena el trigo y la harina, y una zona de molinos donde las mulas trabajan incansablemente. El amasado y levado del pan se llevarían a cabo en la habitación situada a la izquierda del horno. En esta panadería en particular, la estancia del extremo derecho de la ilustración sirvió, al menos temporalmente, como establo, y allí fueron hallados los cadáveres de varios équidos que quedaron atrapados y terminaron pereciendo durante la erupción. © JOSÉ LUIS GARCÍA MORÁN

expensas de casas antiguas, y el de los lugares de restauración y de divertimento, que comprenden los *thermopolia*, las *cauponae* y los *hospitia*. En Pompeya se han documentado hasta veinticinco panaderías de grandes dimensiones –además de otros tantos pequeños hornos destinados a la producción de dulces– y decenas de lugares de restauración; en Ostia, tres veces más grande y poblada que Pompeya, solo se han documentado dos panaderías y tres *cauponae* y *thermopolia* en total, y no se identifica con seguridad ningún pequeño albergue o fonda, aunque esta función podían haberla desempeñado las sedes de los *collegia* profesionales, que suman una decena. Los números no engañan: ¿hay que pensar entonces que los habitantes de Ostia tenían menos hambre que los pompeyanos?, ¿o bien que hubiera menos movimiento de gentes y mercaderías en el puerto más grande del Mediterráneo que en una ciudad provincial media como Pompeya, que hacía tiempo que había sido apartada del gran tráfico marítimo tras el potenciamiento de los puertos de Miseno, Puteoli y Nápoles? Pero eso no es todo: el dato comparativo más impresionante nos lo ofrecen los lugares destinados al

ejercicio de la prostitución (véase “Camas de obra. El negocio del sexo en Pompeya” en *Arqueología e Historia* n.º 2). En Pompeya se han documentado cerca de treinta, entre ellos el único lupanar identificado de forma efectiva como tal en una ciudad antigua; Ostia, en cambio, solo tenía uno, ubicado en el interior de una antigua *caupona*. La respuesta que generalmente se da a esta cuestión implica reconocer en Pompeya una “ciudad del amor” como *a priori* sugeriría su nombre oficial: Colonia Cornelia Veneria Pompeianorum. Pero incluso en tal caso no salen las cuentas. En efecto, Venus era la divinidad personal del dictador Lucio Cornelio Sila, quien, en el año 80 a. C. impuso a la ciudad que acogiera a casi dos mil veteranos que habían combatido en las filas de su ejército durante las fases más duras de la Guerra Social, en la cual se vio envuelta la propia Pompeya, alineada en el bando de sus adversarios. Por otra parte, la Venus pompeyana era muy distinta a la divinidad que generalmente asociamos con el erotismo y el acto sexual, y de hecho se la apodaba *Física* en tanto que garantizaba la fidelidad (*fides*) de los pactos y no porque tuviera nada que ver con la natu-





raleza y la corporeidad (*physis* en griego). La iconografía oficial de la Venus Física Pompeiana (y en consecuencia de la estatua de culto que albergaba el mayor santuario de la ciudad) muestra de hecho a la diosa coronada, con un largo cetro en la mano izquierda y apoyada a un timón de barco, como protectora de la navegación. Pero la parte más remarcable de su aspecto no es esta, sino el largo manto que la envuelve por completo, dejando al descubierto solo el rostro y la mano derecha; una imagen más similar a la de las grandes diosas matronas (Junio o Ceres) que a la de la diosa del amor y el placer corporal de cuerpo desnudo y voluptuoso. Se trataba, pues, de una casta Venus que protegía a los navegantes para garantizar un buen retorno a casa y que tutelaba a las jóvenes en el momento más importante de sus vidas, cuando un pacto indisoluble les unía para siempre a un marido escogido por amor o por imposición paterna.

Para comprender el motivo de esta peculiaridad, que aleja a los pompeyanos de aquella imagen a la que estamos acostumbrados, debemos remontarnos unos cuantos años respecto al fatídico 79, hasta el 5 de febrero del 62 (o del 63 según Séneca, que conocía bien la ciudad), cuando Pompeya y otras localidades vesubianas fueron sacudidas por un violento terremoto. Los coetáneos recuerdan que la tierra se abrió de improviso, engullendo por completo rebaños de ovejas, que las estatuas de bronce se cayeron de sus pedestales, y que edificios públicos y privados fueron arrasados hasta los cimientos en pocos instantes. Contamos con un testimonio de esta calamidad, como una especie de instantánea, en un relieve de la casa de Cecilio Jucundo, en la que se ven un templo –seguramente el dedicado a la Fortuna Augusta– y un arco honorífico derrumbándose junto a dos estatuas ecuestres literalmente levantadas de sus basamentos. La destrucción fue, pues, devastadora, y los signos de esta –y de la sucesiva reconstrucción– son visibles prácticamente en todos los edificios pompeyanos, hasta el punto que en la literatura arqueológica de Pompeya casi siempre se hace referencia a los pe-

ríodos pre y post-terremoto. ¿De qué forma resolvió la ciudad tan terrible catástrofe? Los estudios arqueológicos más recientes sostienen que en el 79 muchas zonas estaban nuevamente en funcionamiento, muchos de los edificios públicos reconstruidos y decorados y casi todas las casas restauradas con mayor o menor profundidad. En este punto debemos preguntarnos cómo era esto posible; ciertamente, para llevar a cabo tan enorme tarea no bastaban los escasos talleres de albañiles (*structores*) o decoradores (*pictores*) presentes en la ciudad en el momento de la destrucción. Tras despejar los escombros –tarea que comportó la creación de itinerarios prácticos para el tráfico de los carros de transporte– debieron de intervenir decenas de empresas especializadas procedentes de otras localidades menos afectadas o que hubieran resultado indemnes al seísmo. Toda esta mano de obra, compuesta por esclavos, trabajadores asalariados, arquitectos, albañiles, pintores y mosaiquistas, debía residir en la ciudad o venir de los centros vecinos para realizar esta tarea; y todos ellos debían comer, dormir, reposar y congregarse. Una ciudad redoblada para la que era necesario construir posadas, bares, alojamientos y prostíbulos. En otras palabras, la Pompeya que hoy conocemos, cuyo bullicio creemos percibir cuando caminamos por sus calles y visitamos sus edificios más representativos, era una ciudad resurgiendo de sus propias cenizas y que desconocía que estaba destinada a ser cubierta para siempre por las mismas.

Una instantánea del foro

La gran plaza del foro cívico de Pompeya fue creada en el siglo VI a. C. para favorecer el encuentro entre ciudadanos, practicar los cultos principales –en origen el de Apolo, al que se añadió en el siglo II a. C. el de Júpiter, a su vez rededicado a la triada capitolina después del 80 a. C.– e intercambiar mercaderías y artesanía local. Sobre todo por este último motivo se procuró situar la plaza en una zona descentrada y cercana al puerto, siguiendo una regla recomendada por el arquitecto y urbanista romano Vitrubio (*De archi-*

◀ Detalle del fresco de la *officina quactiliaria* (el taller de los fabricantes de fieltro; IX.7.21) en la que se representa el **TRIUNFO DE VENUS**. La diosa aparece sobre un carro tirado por dos parejas de elefantes y acompañada por dos amorillos volando y las personificaciones del *Genius Coloniae* (a la derecha) y Concordia (a la izquierda) flanqueando la cuadriga. En contraste con esta imagen, en la casa de la Venus en la concha (II.3.3) (derecha) la diosa aparece retratada **DESNUDA** y con un velo hinchado por el viento ondeando sobre sus hombros. © FABRIZIO PESANDO

tectura I.7.1) a comienzos de la época imperial. Con frecuencia, de noche y durante algunos momentos importantes de la vida de la ciudad (elecciones, fiestas públicas), el foro se cerraba con grandes portales de madera, de los que hoy todavía permanecen visibles los encajes de las jambas y los cierres en el travertino situado en los accesos. La costumbre de cerrar la plaza pública no era una característica exclusiva de Pompeya, sino que se conocen otros casos como el de la colonia hispánica de Ampurias, construido en época augustea. Cada mañana la plaza se abría de nuevo para todos los habitantes –libertos y esclavos, mujeres y niños– y se animaba todavía más cada ocho días, cuando se disponía el mercado itinerante, las *nundinae*. La febril actividad que se desarrollaba a lo largo de esta jornada la conocemos gracias a un excepcional documento, constituido por un largo friso pictórico descubierto durante los primeros años de excavaciones en Pompeya en el vestíbulo de una riquísima residencia situada en la periferia de la ciudad, conocida como la casa de Julia Felix. Según el diario de excavaciones, en aquella época escrito en castellano, el 25 de mayo de 1755.

Se descubrieron dos pinturas, son muy ordinadas, la una que contiene confusamente 12 figuras de hombres y mujeres, unas en opiè y otras sentadas; y la otra rapresenta hasta 30 figuras tambuien confusamente de hombres y mugeres como la antecedente, una lleva al cuello à otro, otros estran sentados, otros en piè y alguna à cavallo.

En conjunto, se han reconocido dieciocho fragmentos que representan unas veinticinco escenas, aunque una parte del friso hoy conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles hoy apenas es reconocible debido a la mala calidad del yeso en el que fue pintada. Pese a ello, pueden identificarse algunas escenas y restituir con viveza y fastuosidad una plaza que hoy aparece desnuda y desprovista de decoraciones. Los carros debían de llegar con la salida del sol y estacionar junto a la entrada septentrional de la plaza, a lo largo de una amplia vía porticada, puesto que, a menos de que se dispusiera de un permiso especial, el foro se reservaba en exclusiva a los peatones. En el fragmento 1 del fresco se ve un carro estacionado y utilizado para el transporte de mercaderías al interior de la ciudad, con sus características ruedas altas (el *plaustrum*) con las que ágilmente podía superar los pasos peatonales elevados, constituidos por uno o varios bloques de lava. Entrando en el foro, una multitud de personas se mueve entre los puestos de mercadería procedentes del campo y las ciudades vecinas. Un mendigo, vestido solo con una túnica que deja al descubierto un hombro y acompañado por un perrito, recibe limosna de una matrona acompañada por una esclava de tez oscura, quizá vendida en Pompeya por un traficante que comerciara con las provincias africanas del Imperio. Un largo fragmento del friso muestra un pórtico con una gran tribuna utilizada para distintos fines (oraciones públicas, subastas, comunicaciones de los heraldos) ante la cual se vendían varios productos; una mujer anciana parece preguntar el precio de una colorida tela, mientras una segunda matrona pide a otro comerciante si puede tocar un tejido, quizá especialmente preciado.



El centro de la escena lo ocupa un vendedor de vasos metálicos que exhibe la calidad de su propia mercancía, constituida por ollas y cacerolas, a un ciudadano togado acompañado por un niño. Detrás de ellos, un artesano está dando los últimos retoques a un objeto. El extremo derecho muestra finalmente una venta muy común, la del pan, con una gran hogaza muy similar a la que fue encontrada carbonizada en una panadería de Herculano. Idealmente, podríamos enlazar esta escena con otra en la que se reconoce la cocción de una vianda en el interior de una gran olla de bronce a la que se acercan una serie de personas atraídas por el olor. Sin embargo, en el foro, incluso durante las *nundinae*, no solo se vendían mercancías. Una de las escenas más conocidas del friso representa una pequeña clase en la que los estudiantes, sentados de rodillas con sus libros de trabajo o de pie a la sombra del pórtico, asisten al castigo de un compañero; se trata de un castigo muy duro, ciertamente infringido tras una falta grave, llamado *catomun*, durante el cual el *magister* golpeaba con una varita la espalda desnuda del castigado a la vista de toda la clase. Una escuela verdaderamente de otra época...

La función pública y política de la plaza está también bien señalada a través de representaciones, probablemente ambientadas en la proximidad del pórtico meridional del foro, en las que se aprecian tres edificios públicos identificados como la sede del senado local (la curia), el edificio de los magistrados y el archivo ciudadano (el *tabularium*). La importancia del lugar es subrayada por la presencia de guimaldas dispuestas entre las columnas y mediante dos estatuas ecuestres que quizá representen a emperadores o a ilustres pompeyanos. En la primera escena aparece uno de los magistrados de la ciudad o un alto funcionario, en una silla y vestido con toga roja que señala su rango, mientras un segundo togado sentado a su lado sostiene un volumen. Frente a ellos, una mujer acompaña y presenta a una niña, que exhibe una pequeña tablilla. El significado de esta escena ha sido interpretado de distintas formas. En general se ha pensado en la venta de una esclava, según parece presumirse por la presencia de la tablilla, pero visto el énfasis atribuido a la presencia del magistrado, podría tratarse quizá de una decisión jurídica acerca de un caso en el que se viera envuelta una niña, asistida por una mujer adulta, ya fuera la *domina* o su madre. En la segunda escena, igualmente ambientada en el mismo lugar del foro, dos pares de personas, una compuesta por un adulto y un joven, se ven de espaldas leyendo con atención el contenido de un largo rótulo dispuesto delante de los basamentos de las estatuas. La acción de los personajes revela el significado de la escena: se trata de la lectura de una ley propuesta o una



norma administrativa que debía ser expuesta públicamente durante el transcurso de tres *nundinae* (veintisiete días) para que pudiera ser rechazada o aprobada por la mayoría de ciudadanos tras un detallado examen, como queda bien patente mediante la presencia de la pareja formada por el adulto y el joven, en la que se puede reconocer los electores ancianos y jóvenes (*seniores* y *iuvenes*) que cada año eran llamados a votar dos parejas de magistrados (los *duoviri iure dicundo* y los *duoviri aediles*). En el día de las elecciones, la plaza cambiaba totalmente su aspecto, los accesos se cerraban y se formaban largas colas de votantes que, divididos en cinco circunscripciones electorales (tribus o curias), eran llamados a depositar su voto en la mesa preparada a tal efecto en un edificio situado en el lado sureste del foro (el llamado *comitium*). Tras la votación de todos los grupos, unos funcionarios especiales, llamados *nongenti*, realizaban el conteo, y los electos eran proclamados en voz alta desde una de las grandes tribunas de la plaza. Poco tiempo después, los nuevos magistrados agradecían públicamente a la comunidad su elección organizando espectáculos teatrales y, sobre todo, juegos gladiatorios y combates con fieras en el gran anfiteatro situado en el margen de la ciudad, un lugar fácilmente accesible para los forasteros. Solo en muy raras ocasiones, los magistrados podían usar los fondos asignados a espectáculos para adornar edificios y hacerlos todavía más suntuosos, recordando, eso sí, que las obras se habían realizado *pro ludis*; es decir, en sustitución de los habituales espectáculos.

Entre casas y habitantes

En las casas, la actividad de los residentes comenzaba de buena mañana. Las grandes *domus*, antiguas de siglos, habían sido sustituidas en el 79 por nuevas residencias en las que los peristilos y las amplias estancias de representación, destinadas al banquete y al entretenimiento del propietario y sus huéspedes, adquirían mayor importancia. En el barrio más noble de la ciudad, identificado en la división moderna de Pompeya como la región VI y llamado por los pompeyanos Regio Salarius o Vicus Salaris, debido al nombre de la vía que lo atravesaba, se hallaban las casas más ricas. Ya fueran de planta tradicional canónica, con atrio y peristilo (casas del Fauno, de Panas y de Salustio) o más “modernas”, con atrios más pequeños y porticados de grandes dimensiones que ocupaban más de tres cuartos de la superficie total (casa de Meleagro), estas viviendas reflejaban el gusto del *dominus*, y en ellas se desarrolla-



ban algunos de los momentos más importantes de la vida familiar y social. El culto de los *antenates* y los protectores de la familia (*lares* y *penates*) garantizaba la legitimidad de una serie de actos que tenían como absoluto protagonista al *paterfamilias*. Un ejemplo de ello es el de la formalización del acto del matrimonio, que se llevaba a cabo en casa del esposo y en presencia de un sacerdote y de los familiares de la pareja; el austero rito de la repartición del pan de farro entre los esposos (*confrarreatio*) se acompañaba de la lectura de los acuerdos matrimoniales que precedían el otorgamiento de la dote al esposo y la integración de la mujer como miembro de la familia del marido. Los *domini* llevaban a cabo muchas actividades en conexión con su rango social desde primera hora de la mañana, cuando recibían a las personas de condición humilde ligadas a la familia mediante un rito llamado *salutatio matutina*. En el decurso de estos encuentros, los *clientes* podían pedir consejo o ayuda al *patronus* para dirimir controversias, obtener consejo o incluso pedir ayuda económica; todo ello creaba un fuerte lazo entre los distintos componentes de la sociedad, mitigando los eventuales conflictos.

En el último período de vida de Pompeya, una de las manifestaciones más destacadas de las relaciones sociales la constituía



◀ Vista de detalle de algunas secciones del fresco del patio de la **FINCA DE JULIA FELIX** (II.4, una inmensa villa urbana no muy alejada del anfiteatro que contaba con zonas privadas, bares, tiendas y unos baños), con la representación del foro en plena actividad. En los distintos fragmentos se aprecia un carro de transporte (fragmento 1, arriba izquierda), una mujer dando limosna a un mendigo (fragmento 3, arriba derecha), un punto de venta de comida caliente (fragmento 11; a la derecha), un profesor castigando a un estudiante (fragmento 12, página siguiente, abajo) y la presentación de una niña ante un magistrado (fragmento 13, página siguiente, arriba). © FABRIZIO PESANDO

el encuentro informal entre miembros de la élite local, que se reunían para celebrar banquetes. Esta función social atribuida a la convivialidad explica la riqueza y tamaño de los grandes salones utilizados en estas ocasiones. El *dominus* no escatimaba esfuerzos en decorar estas estancias con pinturas, mosaicos y mobiliario de calidad, con la esperanza de sorprender a los huéspedes y mostrar su propio refinamiento (véase “El banquete romano y sus excesos” en *Arqueología e Historia* n.º 8). La casa de Menandro, por ejemplo, tenía cuatro salas de recepción, la más importante de las cuales con casi 100 m² de superficie. Los espacios para las visitas y los lugares de entretenimiento para los invitados no se limitaban tan solo a las estancias de banquete, sino que comprendían también amplios pórticos cubiertos, lujosos jardines y, en los contextos más refinados, incluso termas privadas, donde uno podía gozar de todos los servicios presentes en los baños públicos, frecuentados por toda la población sin distinción social alguna. No era raro que en los banquetes participaran también las mujeres, como testimonia la célebre descripción del episodio de la cena de Trimalción en el *Satiricón* de Petronio y los frescos en los que aparece una pareja de esposos sentados sobre el mismo diván del triclinio.

La vida de las gentes de las clases más humildes era en cambio muy distinta: un antiguo proverbio decía que “el que nace en el entresuelo de una tienda (*pergula*) no fantasea con un palacio” (véase “Vivir en los bajos fondos de la *Urbs*: mitos y realidades” en *Arqueología e Historia* n.º 2). En general, las viviendas de clase baja eran bastante dignas y casi siempre estaban constituidas por una estancia más grande donde se solía comer en común, y una o más habitaciones separadas por frágiles y delgados muros que, como recordaban Marcial (III.27) y Juvenal (III.190-231), limitaban mucho la privacidad de los habitantes. A diferencia de los ricos *domini*, que pasaban mucho tiempo en casa, dirigiéndose solo al foro para las cuestiones oficiales, las personas de bajo nivel social se movían constantemente para desempeñar su propio trabajo, reverenciar a sus *patroni* y, al final de la jornada, dirigirse a las grandes termas públicas, donde podían lavarse, encontrarse con los amigos y gozar de algunas horas de relax.



Hacia la noche, las grandes *domus* cerraban sus portales abiertos a la calle; en la ciudad ya solo se iluminaban las ventanas de las *cauponae* y los *hospitia*, donde se comía y se pasaba el tiempo jugando a los dados o a las damas antes de subir al piso superior, donde se hallaban las pequeñas habitaciones con camastros. En algunas calles una luz tenue indicaba la presencia de una *cella meretricia* situada en el interior de una casa, y una fila de hombres esperando revelaba la ubicación de un edificio utilizado como prostíbulo. Después, reinaba el silencio, solo roto por el ocasional ladrido de los perros que vigilaban los vestíbulos de las casas nobles y de algunos edificios públicos. Y así todas las noches, hasta una última noche en el año 79.



BIBLIOGRAFÍA

- Berry, J. (2007): *The Complete Pompeii*. London: Thames and Hudson.
- Etienne, R. (1992): *La vida cotidiana en Pompeya*. Madrid: Temas de Hoy.
- Maiuri, A. (1942): *L'ultima fase edilizia di Pompei*. Napoli (reed. 2002 de F. Pesando).
- Pesando, F. (2009): “Prima della catastrofe: Vespasiano e le città vesuviane”, en Coarelli, F. (ed.): *Divus Vespasianus. Il bimillenario dei Flavi, Catalogo Mostra Roma*. Roma, pp. 378-385.
- Pesando, F. (2012): *Pompeii. Le età di Pompeii*. Milano: 24 Ore Cultura.
- Pesando, F. (2013): *Pompeii. L'arte di abitare*. Milano: 24 Ore Cultura.
- Pesando, F.; Stefanile, M. (2012): *Pompeii. Guida per un giorno*, (e-book, Amazon).

▮ Bibliografía completa en www.despertaferro-ediciones.com

Fabrizio Pesando es profesor de Arqueología Clásica en la Università degli Studi “L'Orientale” de Nápoles. Es autor de cerca de un centenar de trabajos científicos sobre la historia de la arquitectura privada en Grecia y Roma, topografía histórica de las ciudades antiguas e historia y arqueología de Pompeya y las ciudades vesubianas.

